

# PÉREZ DE HITA Y SUS CANCIONES DE MORISCOS (INTERMEDIOS LÍRICOS EN LAS GUERRAS CIVILES DE GRANADA)

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA  
Universidad de Murcia

## Resumen:

Se analizan en este trabajo los poemas líricos presentes en la segunda parte de las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, una excepcional colección de canciones de tipo tradicional. Se examina su forma y se analiza su contexto, revelador de la relación de estas composiciones líricas con la poesía y la cultura árabe, de la que en su mayor parte proceden, una vez traducidas y compuestas en verso castellano por el propio autor de la novela.

## Palabras claves:

moriscos, Granada, lírica de tipo tradicional, canciones, Ginés Pérez de Hita.

## Summary:

The lyrical poems in the second part of Ginés Pérez de Hita's *Civil Wars of Granada* are analyzed in this paper, an exceptional collection of songs of traditional kind. Its shape is examined and its context analyzed, revealing the relationship of these lyrical compositions with Arabic poetry and culture, which mostly come, once translated and composed in Castilian verse, from the novelist himself.

## Keywords:

Moriscos, Granada, lyrical traditional type, songs, Ginés Pérez de Hita.

La figura de Ginés Pérez de Hita es fundamental en el desarrollo de un género literario peculiar dentro de nuestra literatura: la novela morisca. Su *Historia de los bandos Zegríes y Abencerrajes*, más conocida por las *Guerras civiles de Granada*, se constituye en una de las más representativas muestras de este tipo de novela totalmente original de la literatura española. Su primera parte vio la luz en Zaragoza en 1595 y la segunda en Cuenca en 1619. Para los historiadores de la novela española la primera de estas dos partes es mucho más imaginativa, fantástica y artística, ya que la segunda se halla mucho más ceñida a la historia, sin duda más reciente, de la sublevación de los moriscos de las Alpujarras, en cuya guerra, la llamada Guerra de los moriscos, participó el propio Pérez de Hita como soldado en las tropas del marqués de los Vélez, por lo que esta segunda parte adquiere la categoría de crónica particular de los sucesos, escrita por un testigo presencial.

Sabido es lo importante que fue el novelista murciano para el desarrollo la novela romántica europea y americana, especialmente para la novela de moros de Chateaubriand o Washington Irving, que culminaron un género típicamente romántico, en el que lo exótico español tenía una representación extraordinaria. Los españoles Francisco Martínez de la Rosa, José Zorrilla, Pedro Antonio de Alarcón y Manuel Fernández y González también deben mucho a Pérez de Hita.

Muy valorada por la crítica especializada ha sido la presencia de los romances en toda la obra en su conjunto, más las de la primera parte, que Pérez de Hita debió de recoger de viva voz o de las colecciones que ya habían sido impresas, aunque muchos de estos romances, sobre todo los de la Guerra de los moriscos, fueron sin duda alguna obra suya personal. Menéndez Pidal señaló, en 1945, en *La epopeya castellana a través de la literatura española*, que «la novela de Pérez de Hita hizo famosos en el mundo los romances fronterizos y moriscos. El lector no especialista puede disfrutar del conjunto de unos dieciséis romances fronterizos y veintiún moriscos, artificiosamente engastados como piedras finas en bien pulida prosa. Muy conocedor de la materia, como soldado de las guerras con los moriscos en las Alpujarras, entreteje los romances en una trama novelesca y los realza, dándonos una viva impresión del escenario donde la acción se desarrolla».

Analizamos, en esta ocasión, no esos romances que Menéndez Pidal tanto valoró, sino al resto de los intermedios líricos presentes en la segunda parte de las *Guerras civiles de Granada*, una excepcional colección de canciones de tipo tradicional, que merece detención y estudio, y en la que la crítica precedente apenas ha reparado.

Hay que constatar, sin embargo, que Paula Blanchard-Demouge, en su clásica edición de las *Guerras civiles* (Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1915), que seguimos para nuestras citas (aunque modernizando la ortografía), no valoró tanto los célebres romances al referirse a los de la segunda parte, cuando señalaba: «Los romances de la segunda parte no tienen la importancia que los de la primera. Son narraciones rimadas que acaban cada capítulo por no quebrar el estilo de la parte primera, según confiesa el mismo Hita. Él es autor de la mayor parte de ellos».

Aunque destaca la calidad de algunos, como el romance que comienza: «Las tremolantes banderas / del grande Fajardo parten / para las nevadas sierras / y van camino de Oháñez», del capítulo décimo, o el de la toma de Galera, en el capítulo veintiuno, «verdadero romance fronterizo, si, como lo asegura el autor de las *Guerras*, fue escrito por un testigo del hecho relatado en la época en que pasó»: «Cercado tiene a Galera / don Juan, el hijo de Carlos / Quinto, llamado el famoso / Rey de España y sus estados». Y concluye la eximia editora: «Ahora bien, exceptuando dos o tres, los romances de la segunda parte repiten sin ventaja alguna lo que hubiera estado mucho mejor en prosa y se podrían suprimir sin disminuir la importancia de la obra.»

Aun así, de la importancia de esta actividad de Pérez de Hita como poeta narrativo y como poeta lírico da idea el inventario o recuento de estos intermedios en verso, todos relacionados con la sublevación de los moriscos y con la guerra que sucedió a continuación. En total son 59 intermedios líricos y narrativos, distribuidos de la siguiente forma, de acuerdo con la denominación genérica que el propio autor les atribuye:

26 romances  
6 epitafios  
3 razonamientos  
6 canciones  
1 endechas  
16 letras  
1 oración

Por todo ello, como hemos adelantado, exclusivamente nos vamos a referir en esta oportunidad a estos intermedios líricos y no narrativos, de los que Ginés Pérez de Hita fue pródigo en la segunda parte de sus *Guerras civiles*, y no nos detendremos en su poesía narrativa, es decir en sus romances, más atendidos, aunque muy relativamente, por los estudiosos. Es interesante entonces reparar en estos intermedios, examinar su forma y analizar su contexto, teniendo en cuenta la permeabilidad de estas manifestaciones poéticas con la poesía y la cultura árabe, que Pérez de Hita va revelando en cada ocasión. Se advertirá, además, lo interesante que resulta la transmisión de estas canciones, que teóricamente, en su mayor parte, están escritas o cantadas en árabe en su versión original, y que el novelista las transmite en castellano, podemos suponer que traducidas por él mismo. Hemos indicado que son composiciones en verso escritas o cantadas, lo que se puede deducir de los contextos en los que se producen, y que, sobre todo en las denominadas canciones, parecen proceder de la tradición oral. Si fueron escritas por el propio Pérez de Hita nunca lo sabremos. A él desde luego le corresponde, según sus indicaciones, la transcripción, y, por supuesto, la traducción de muchos de estos textos de su original en lengua árabe.

Ya en el capítulo segundo, hallamos una hermosa canción, compuesta de un pareado inicial y una alternancia de dos redondillas y dos quintillas para cerrarla con

dos redondillas finales. Sitúa la canción el autor en un contexto bélico, cuando se oye en lo alto del Albaicín, en la plaza de Bivalbulud, a un grupo tañer sus dulzainas, trompetas y atabales, haciendo pensar a los moriscos de Granada que quienes esas músicas traían, no eran sino los moriscos de las Alpujarras, que llegaban en su ayuda, aunque pocos y tarde. Como señala Pérez de Hita «un moro viejo comenzó a tocar un añafil desde lo alto de una torre y a cantar lo siguiente»:

Muy tarde viniste, Zaide,  
trujiste pocos y venís tarde.

Si tú, buen Zaide, vinieras,  
como estaba prometido,  
fueras muy bien recibido  
y alojadas tus banderas.

Mucho tardó Reduán  
para hacer el alarde  
con que sirve a su Alcorán;  
y así con este desmán  
trujiste pocos y venís tarde.

Aguardándote estuvimos  
la noche de Navidad,  
confiando en tu verdad;

mas nunca, triste, te vimos.

Tus esperanzas se van,  
no porque seas cobarde  
tú, ni los de Solimán,  
mas, valiente capitán,  
pocos sois y venís tarde.

Grande fue vuestra tardanza  
en acudir al Alhambra,  
do había de ser la zambra,  
llena de toda esperanza.

Y pues os tardasteis, Zaide,  
volved, y Mahoma os guarde,  
porque nos dice el alcaide  
que sois pocos y venís tarde.

Es curiosa esta canción de bienvenida, con reproches, por esa llegada tardía de los moriscos de las Alpujarras, que, según indica, el autor, él mismo ha trasladado del árabe: «Estas coplas se cantaron en arábigo al son de un añafil, y por sacarlas dél a su medida, que es cosa muy dificultosa, no van tan buenas como pudieran ir», y revela, en efecto, la dificultad de reproducir el ritmo (la medida), que él resuelve con ese pareado como tema y las mudanzas en redondillas y en quintillas, que se cierran ambas, justamente, como la redondilla final, con el verso de vuelta, reproduciendo una estructura de lírica coral tradicional castellana muy experimentada y emparentada con la estructura del villancico castellano, de larga tradición a finales del siglo XVI, cuando esta novela se escribe.

El capítulo XIV de la segunda parte de las *Guerras civiles* es particularmente pródigo en canciones de tipo tradicional, ya que en él se recogen nada menos que catorce «letras» de las deiciséis que hemos contabilizado en el anterior recuento, y cuatro canciones, teniendo en cuenta que en total, según hemos anotado, son seis. Se trata entonces de un contexto riquísimo para conocer este tipo de intermedios y observar la función que realizan en la narración. Nos referimos, en primer lugar a las letras, y la primera de ellas la divisa Pérez de Hita en un «un dorado escudo en el cual había un campo azul y en él media luna de plata, la cual parecía que le tenía

asida por una de sus plateadas y afiladas puntas una hermosa mano de dama, con una letra en arábigo que decía así»:

Mientras mi Luna a la luna  
tocare, tengo esperanza  
que menguante mi mudanza  
jamás habrá en mí fortuna.

Como explica el narrador, esta letra la llevaba el hermoso y gallardo capitán Maleh por el respeto que debía a su enamorada, de nombre Luna, que, al verlo entrar en la plaza en la que transcurre la escena, no apartaba los ojos de su amante, fornido y apuesto guerrero que causaba impresión entre las damas presentes. Lealtad en la que confía el fogoso capitán y que esa redondilla castellana reproduce con toda su intensidad amorosa, comparable a la letra que figura a continuación, en el mismo capítulo, escrita al pie de un retrato de su amada, que otro capitán, Caracacha, dedica a su dama, «pues hacía punta su letra a la del capitán Maleh, dando a entender en su concepto y sentido que más hermosa era su dama que la suya...»:

La luna, sol ni lucero  
no tiene tal hermosura  
como el retrato y figura  
de la dama que más quiero.

Otras letras glosan la nostalgia de amantes alejados de su amada, como la que se lee, más adelante, en el escudo que un turco ostenta, en el que se divisa a un león rojo en campo verde, encadenado con una cadena de plata por una hermosa doncella turca, a cuyo pie se lee:

No la cadena me prende,  
aunque sea fuerte y dura,  
préndeme la hermosura  
de aquella que está en allende.

Y la explicación de la redondilla no es otra que «esta letra sacó el bravo turco respecto a una hermosa dama de nación turca a quien el turco amaba, la cual estaba en Argel».

Otras letras son meros lemas expresados en pareados como «Si no se abre Granada / Baza será memorda», o «En la fuerza de mi fuerza / que no hay fuerza que la fuerza», lemas bélicos que también pueden ser expresados en las habituales

redondillas, quintillas o tercetos, con las que Pérez de Hita intenta reproducir los ritmos de las letras en su original árabe, como en las siguientes:

Del Líbico mar salió  
sin un punto ser clipsada,  
y si se gana Granada  
ninguna más mereció.

O esta otra:

Si la que me fuerza a mí  
poniéndome brío y fuerza,  
hora estuviera ante mí,  
se me doblara la fuerza  
como pareciera aquí.

Aunque a veces, en las banderas de guerra, apareciese de nuevo la imagen de la dama amada, como en esta que lleva el capitán Maleh, alusiva a su amada Luna:

Es el sol una planeta  
que a las demás les da lumbre,  
mas la luz y la vislumbre  
de mi Luna es más perfecta.

De enamorado es también la bandera que ostenta el capitán Zarrea, porque, como advierte Pérez de Hita, «el moro Zarrea, buen capitán, llevaba esta letra porque amaba una hermosa mora, y aunque no le había mostrado ningún favor, tenía el moro firme esperanza que su deseo se allegaría a buen fin»:

Desespero, mas espero  
que el tiempo hará mudanza,  
y confío que esperanza  
me dará lo que más quiero.

Otros lemas se expresan en letras más aguerridas que ostentan las correspondientes banderas, como en estos tercetillos que acogen la rima habitual en los cancioneros del siglo XV abb:

En mí no cabrá placer  
hasta que vea a Granada  
de los Moros conquistada.

O esta otra:

La gloria es matar cristianos,  
que probar las fuerzas no  
es gloria que contentó.

Sobre este terceto y esta letra, asegura Pérez de Hita que «razón tenía este moro en decir por su letra tal sentencia, porque no es de hombres cuerdos mostrar sus fuerzas, pocas o muchas, delante amigos ni enemigos, porque sabiendo cada uno a dónde llega el valor y fuerzas del que las prueba, o los tienen en algo o no los tienen en nada». Otras letras revelan anhelos y ansiedades que enriquecen la presentación tan expresiva de los capitanes musulmanes, a través de sus vistosas banderas y sus letras:

Si quiere el cielo y fortuna,  
en ti, mi querida Alhambra,  
pienso de danzar la zambra.

Es lo que ocurre con un capitán morisco de Guadix que acude en ayuda de los de Granada, que, como señala Pérez de Hita, «no dio poco contento esta letra de este bravo capitán a Muley y a todos los demás que estaban en la plaza».

Cuando vea el alameda  
de mi Guadix deseada,  
de moros será Granada.

Y cerramos la muestra con otra redondilla más, bien expresiva de la elegancia de estos lemas en las banderas musulmanas, que Pérez de Hita traduce a los tradicionales octosílabos castellanos como en esta redondilla, que nos muestra a un ufano capitán «tan confiado en sus fuerzas, que ya tenía de su parte ganado el premio de la victoria, y así como hubo entrado en la plaza, haciendo a Abenhumeya su acatamiento...», en cuya bandera se leía:

Si fuerzas han de valer,  
presto se verá en la prueba  
quien el premio y joya lleva  
por su justo merecer.

Las canciones que figuran en este capítulo se corresponden con la fiesta que en sus páginas puede presenciar el lector cuando Abenhumeya ordena a las moriscas de su corte que dancen, y, entre ellas, se encuentra la amada del capitán Maleh, Luna, que desata en su enamorado toda clase de contentos. «Luego que las moras hubieron

danzado, mandó Abenhumeya que los que fuesen músicos que tañesen y cantasen, aunque de este arte no había muchos, mas diremos de los que mejor cantaron y tañeron. El Capitán Derri tañó y cantó muy bien, y Puertocarrero, que era galán y enamorado, y éste cantó en arábigo la presente canción:

Hermosa y bella Granada  
donde tengo mi afición,  
si fueses al escuadrón  
de los Moros entregada.

Si fueses ya de aquel bando  
que te desea tener,  
donde pueda más valer  
Abenhumeya Fernando.

Así tus frescas riberas  
de Ynadámar, Jaraquil  
con las del fresco Genil  
y en tu Alhambra mis banderas.

Quién danzara ya la zambra,  
quitado ya de querellas,  
con hermosas Moras bellas  
en ti, mi querida Alhambra.

La fiesta continúa entre los moriscos, que se emocionan ante estas referencias. Y, tras oír la del tal Puertocarrero, Gironcillo, morisco nacido en Granada, canta esta otra canción, pero ahora, según detalla Pérez de Hita, en castellano, lo que pone de relieve el bilingüismo de los moriscos y la facilidad con que podían entender tales composiciones en una u otra lengua. La transcripción de Pérez de Hita utiliza el mismo molde de redondillas octosílabas empleado en la canción anterior, por él teóricamente traducida.

Como veremos, esta de Gironcillo, por su emoción y por su galanura, sería la premiada en la fiesta, y el protagonista de la composición no es otro que el líder de los moriscos sublevados, el mismísimo Fernando Muley. Y así lo recoge Pérez de Hita tras transcribirla: «esta cantó Gironcillo tan bien y con tanta gracia que a todos dejó enamorados de su cantar y tañer. Y otros muchos moros cantaron bien y sentidamente; mas Gironcillo llevó el premio del caballo por haber sido más agradable su canción»:

Si el gran Fernando Muley  
en el Alhambra estuviera  
con una y otra bandera  
gobernando como Rey;

si de Darro la riqueza  
poseyera el bando moro  
y le sacara aquel oro  
que tiene con tal riqueza;

si el encumbrado Albaycín  
con toda aquella alcazaba  
que el Rey Chico gobernaba  
nos diera un glorioso fin,

si de la vega hermosa  
se cogiera el bello fruto  
y al perro cristiano astuto  
se diera muerte afrentosa,

que estuviéramos triunfando  
con mil despojos y arreos  
de los cristianos trofeos  
y Abenhumeya reinando;

Abenhumeya estuviera  
en descanso y en reposo  
y como rey poderoso  
a todos mercedes diera.



Y la fiesta continúa con nuevas danzas y canciones, aunque, como hemos de ver, no todas de gozo y alegría: «luego Abenhumeya mandó que las moras más hermosas cantasen, y porque ellas no sabían tocar laúd, fue necesario buscar un adufe, y una mora, la que cantaba, tocaba el adufe, y otra tocaba unas sonajas a la usanza mora, un son que se llama romance y luego otro que se llama tangía. Pues estando muchas moras juntas y muy hermosas y todas bien aderezadas, la hermosa Luna importunada fue la primera que cantó en arábigo esta canción:

De nuestro río Almanzora  
las flores se vuelvan tales  
que produzcan inmortales  
con gozo de gente mora;

y que a las moriscas todas  
destas sierras y Alpujarras  
les den cristianos por arras  
cuando celebren sus bodas;

y que se vuelva Granada  
a sus pasados contentos  
y los moros pensamientos  
la hagan aventajada;

y se vea Abenhumeya  
en Granada coronado  
y poseyendo su estado  
sea como el de Tarpeya.

y los capitanes moros  
sean todos colocados  
en la rueda de estimados,  
llenos de ricos tesoros;

Es curiosa esta referencia final a Tarpeya, procedente del célebre romance «Mira Nero de Tarpeya / a Roma como se ardía». Y es el propio Pérez de Hita el que alude al no menos célebre emperador romano y de este modo explica la referencia: «El de Tarpeya fue Nero el cruel, y como sabía Luna de las enemistades que algunos le tuvieron a Abenhumeya y de otros que le persiguieron cuando anduvo escondido, le quiso traer a la memoria la venganza que dello podía, siendo rey, tomar».

La última canción de este interesante conjunto lírico contiene un dolorido lamento puesto en boca de una muchacha, que relata al líder morisco sus adversidades y desventuras. Pérez de Hita lo explica antes de transcribir la bella canción: «Una de las moras que allí estaban dijo que ella quería cantar, aunque ya se había dado el premio, y que no por codicia del cantarí. Abenhumeya dijo que cantase, que tan bien lo podía hacer, que por ello le daría otra joya. La mora era muy hermosa y no vestía de color porque su corazón vestía luto, porque en la batalla de Berja le avían muerto a su padre y cuatro hermanos, por cuya muerte vivía lastimada. Era esta mora de un lugar llamado el Deyre, el cual habiendo sido saqueado de cristianos, ella se vino a Purchena con sus deudos. Pues habida licencia que cantase, dándole el adufe, dijo que no quería tañer en adufe, que le mandasen traer un plato de estaño, porque con él avía de hacer son. El plato le fue traído, y la mora le tomó, y encima de una pequeña mesa con la mano comenzó a rodear aquel plato baldándolo alrededor a una mano. El plato hacía un son muy sordo y triste, de tal manera que a todos los

que le oían provocaba a tristeza; y luego la mora, harto moza y hermosa, los ojos puestos en Abenhumeya, llenos de lágrimas causadas de la pasión que en su corazón sentía, comenzó a cantar muy triste y dolorosamente, con una voz suave, delicada y dolorosa, la canción que se sigue, en arábigo»:

La sangre vertida  
de mi triste padre  
causó que mi madre  
perdiese la vida.

Perdí mis hermanos  
en batalla dura,  
porque la ventura  
fue de los cristianos.

Sola quedé, sola  
en la tierra ajena;  
ved si con tal pena  
me lleva la ola.

La ola del mal  
es la que me lleva  
y hace la prueba  
de dolor mortal.

Dejadme llorar  
la gran desventura  
desta guerra dura,  
que os dará pesar.

De las blancas sierras  
y ríos y fuentes  
no verán sus gentes  
bien de aquestas guerras.

Menos en Granada  
se verá la zambra  
en la ilustre Alhambra  
tanto deseada.

Ni a los Alixares  
hechos a lo moro,  
ni a su río de oro,  
menos a Comares.

Ni tú, don Fernando,  
verás tus banderas  
tremolar ligeras  
con glorioso bando;

antes destrozadas,  
presas y abatidas  
y muy doloridas;  
tus gentes llevadas

A tierras ajenas,  
metidas en hierros,  
por sus grandes yerros  
pasaran mil penas.

No verán los hijos  
dónde están sus padres  
y andarán las madres  
llenas de litigios.

Con eternos llantos,  
muy descarriados  
en sierras, collados,  
hallarán quebrantos.

Y tú, Don Fernando,  
no verás los males  
de los naturales  
que te están mirando.  
Porque tus amigos,  
quiere el triste hado,  
te habrán acabado  
siéndote enemigos.

Otro rey habrá  
también desdichado  
que amenaza el hado  
como se sabrá.

Y tú, Habaquí,  
por cierto concierto  
también serás muerto,  
mezquino de ti.

Y yo estoy llorando  
con gran desventura,  
y la sepultura  
ya me está aguardando.

Los cristianos bandos  
vienen poderosos,  
volverán gloriosos  
despojos llevando;

Dolorida canción compuesta en las consabidas redondillas y trasladada del arábigo, como en anteriores ocasiones, por nuestro novelista, aunque ahora, con expresiva delicadeza, utiliza el verso hexasílabo, más ligero y emotivo que el habitual octosílabo, y más apropiado para este tipo de canción triste, que provocó la muerte inmediata de su intérprete ante la estupefacción de todos y, sobre todo, de Abenhumeya, que se sintió además muy inquieto por los negros presagios que la canción anunciaba como lúgubre augurio para él... Y en sus versos castellanos hay que advertir vestigios de canciones españolas de tipo tradicional, como las siguientes: «Ola, que me lleva la ola, / ola, que me lleva la mar», presente en Lope o «Dejadme llorar. / Orillas del mar», presente en Góngora. Paula Blanchard-Demouge consideró muy certeramente que «las joyas poéticas de esta segunda parte son las proféticas endechas que canta una mora delante de Aben Humeya, “haciendo un sonido sordo y melancólico con un plato de estaño” y cayendo muerta al terminar su lúgubre canción».

La última de las canciones aparece ya en el capítulo dieciséis y viene envuelta en una oscura historia de ansiosos amores y deseos por parte, nada menos, que del propio Abenhumeya, como relata Pérez de Hita con detalles más que novelescos: un morisco muy allegado al líder, Benalguazil, gallardo y valeroso, estaba enamorado de una prima suya, Zahara, viuda de un caído en batalla contra los cristianos, muy hermosa, «gran música, de voz y de tañer a la morisca y a la castellana», interesante cuestión esta. Además bailaba muy bien y correspondía intensamente a su primo aunque mantenían en secreto sus amores. Y un día le fue a contar a Abenhumeya «cómo él tenía una dama por excelencia hermosa, dotada de grandes gracias y donaire, gran cantora y bella danzanta. Y tanto le supo decir, que Abenhumeya, de oídas, quedó della muy amartelado y con encendido deseo de la ver; y así disimulando le rogó (sin mandar como pudiera) que la trujese a su casa, porque la quería ver, y que en ello le haría gran servicio. Benalguacil, arrepentido ya de haber alabado tanto a su dama, sufriendo su pena, aquella noche la llevó a casa del reyecillo, a donde a su ruego danzó y tañó y dijo la canción que se sigue en lengua castellana»:

Tus banderas ilustradas  
veas, rey, con mil trofeos  
de los cristianos arreos  
y con glorias levantadas  
pasando los Pirineos.

Tu ventura sea tal,  
tan alta y tan principal,  
que iguales a Octaviano,  
que fue emperador romano  
con gloria excelsa inmortal.

Y de Granada el imperio  
 tengas como tus pasados,  
 y cristianos asolados  
 queden con gran vituperio  
 por tus gentes destrozados.

Y que te canten con glorias  
 tus señaladas victorias,  
 tanto que lleguen al cielo  
 y a la redondez del suelo  
 le sean todas notorias.

Advierte Pérez de Hita que Abenhumeya «se quedó embelesado y fuera de sí con la suavidad del canto». Y, a continuación, le pidió a su amigo que se la dejara para sí a cambio de lo que le pidiera, a lo que Benalguacil, «abrasado de puros celos y muy confuso de lo que le había dicho», se negó y la historia no pudo acabar peor tal como lo cuenta el narrador en las *Guerras civiles* y resume el romance que cierra ese capítulo dieciséis: «Romance que trata cómo Abenhumeya le quitó a Benalguacil a su dama Zahara, y cómo Benalguacil le trató una gran traición con que le costó la vida.» En todo caso, la canción es de una elegancia notable y su origen castellano quizá sea el que justifique la forma utilizada: una serie de expresivas quintillas de rimas variadas, como está mandado.

Son menos interesantes las restantes canciones que figuran en esta segunda parte de las *Guerras civiles*: los seis epitafios, los tres razonamientos, las endechas y la oración. Respecto a los razonamientos son, en realidad, largos discursos en endecasílabos que sirven al caballero que los declara para mostrar sus intenciones; y la oración, es la que un buen morisco, el capitán Habaquí, presente ya en la triste canción hexasílaba antes transcrita, que se mantiene fiel a la religión cristiana, reza cuando va a ser ahorcado en una emocionada oración dirigida a Jesucristo. Las endechas del capítulo tercero, escritas por Pérez de Hita para la ocasión, como el mismo manifiesta («y así me pareció que sería bueno escribir formadamente sus querellas en verso»), recogen las lamentaciones ante su desdicha del propio Abenhumeya, serie de ocho estrofas de doce versos combinados los endecasílabos y los pentasílabos. Recogemos la última de ellas:

Pues con razón haréis el sentimiento  
 de todas estas cosas miserables.  
 Pues ellas traen en sí ser lamentables,  
 fundadas en terrible perdimiento ;  
 llorad, pues, ojos míos, tantos males  
     que nunca tales  
     jamás se vieron,  
     pues causa dieron  
     de eterna pena  
     con larga vena  
 de llanto, con que triste me consumo  
 en ver mi bien resuelto todo en humo.

Y de entre los seis epitafios, dedicados a caballeros cristianos muertos en la batalla y a capitanes moriscos, el más brillante quizá sea el que recoge Pérez de Hita, que escribió un moro en la blanca pared junto a la sepultura en la que había dejado a su amada, tras otra trágica historia que el novelista relata con detalles: su amado lo escribe con un carbón en lengua árabe. Una redondilla y una quintilla conjuntan la composición, que se incluye en el capítulo veintidós.

Aquí la bella Maleha  
yace, hermana del Maleh;  
yo el Tuzaní la enterré  
por ser mi señora idea.

Matóla un perro cristiano,  
mas él me vendrá a la mano  
donde perderá la vida,  
pues de mi bien fue homicida  
como pérfido villano.

No han sido muy valorados por la crítica precedente estos versos intercalados en la segunda parte de las *Guerras civiles*, y en general se ha elaborado una evaluación nada positiva porque siempre se ha considerado a esta parte, en comparación con la primera, más pobre en muchos de sus aspectos. Soledad Carrasco Urgoiti, que dedicó muchos años de vida académica al estudio de los moriscos en la literatura, resume como nadie la valoración habitual de los estudiosos hacia esta segunda parte, juicio que asumimos totalmente al recordar, en homenaje a su inolvidable amabilidad, sus propias palabras en su trabajo, publicado por las ediciones de Revista de Occidente, en 1956, *El moro de Granada en la literatura: del siglo XV al XIX*: «Pérez de Hita publicó en 1619 la Segunda Parte de las *Guerras Civiles de Granada*, que difiere fundamentalmente de la primera, pues lejos de ofrecer la visión poética de una contienda lejana, retrata una lucha reciente vivida por el propio autor, la rebelión de los moriscos granadinos en 1568. [...] Parece ser que Pérez de Hita se dejó guiar más bien por sus recuerdos personales y los relatos que recogió en boca de los moriscos. [...] El autor conserva la técnica de intercalar poesías en la prosa, pero en esta segunda parte los poemas son todos suyos y, en general, muy pobres. No faltan en el libro algunos pasajes vigorosos y tiene interés la presentación realista de los moriscos y sus costumbres, pero en conjunto es obra muy inferior a la primera». *Magistra dixit*.

